

ESPIRITUALIDAD IGNACIANA Y APOSTOLADOS DE JUSTICIA SOCIAL

Claudio Burgaleta

*Asistente Director
de "RENEW international"
Morristown, NJ - EE. UU.*

Introducción

Supongo que lo que se me pide en este ensayo es reflexionar de una manera teológica sobre los testimonios o las historias que el *CIS* ha reunido de jesuitas y colegas laicos en diversos ministerios sociales del mundo, sobre cómo la Espiritualidad Ignaciana ha informado esos ministerios. Entiendo la reflexión teológica como examen crítico de una situación o evento, y en este caso de los testimonios reunidos por el *CIS*, a la luz de la Palabra de Dios, Jesucristo, y de las diversas fuentes que la comunidad por El iniciada, la Iglesia, ha empleado a lo largo del tiempo para comprender, celebrar, dejarse guiar por su persona y su mensaje y vivirlo.

La finalidad de la reflexión teológica como yo la practico sirve para desentrañar más a fondo cómo Dios, por medio del Espíritu, de Jesús actúa en el mundo. Se trata de un ejercicio que supone destapar y disfrutar de las sorprendentes erupciones de gracia, como también encontrar las resistencias estructurales y personales y las barreras a los intentos de Dios de ponernos bajo el estandarte de su Hijo, la Cruz, símbolo y signo de la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte.

Por ello, siguiendo la sugerencia de los editores de este volumen, he dividido mis comentarios en varias partes. Empiezo con una visión teológica general de las historias que he leído, y luego paso a hablar de cómo están presentes en estos relatos diversos aspectos de la Espiritualidad jesuita y ciertas *lacunae* que he observado. Concluyo, al final, evidenciando lo que considero ser algunos aportes de las historias a la vida del Espíritu y a otros ministerios de la Compañía.

La Visión Teológica General de los Testimonios.

Los diez testimonios o historias que he leído son relatos dispares de experiencias apostólicas y religiosas que no tienen la pretensión de presentar al lector algo que se aproxima a un tratado teológico sobre Dios o cualquier otra división clásica de teología dogmática o sistemática. Sea como fuere, hay una cierta visión teológica común que los *relatos* comparten. Revelan una creencia y compromiso personal con, según las palabras de Paul Caspersz, S.J. (SRJ), “el Dios de Bondad y de Justicia [que] viene a nosotros en Jesús.”

Este Dios revelado por Jesús está íntimamente unido a la creación, y por medio del Espíritu de Jesús sigue sosteniéndola y guiándola hacia el plan de Dios. En particular, el ejemplo y el Espíritu de Jesús, inspira a hombres y mujeres de buena fe, cristianos y no cristianos, a continuar la misión de Jesús, a saber, el anuncio y la edificación de un reino más justo y más humano entre la humanidad. Lejos de ser una tarea predeterminada, el empeño de colaborar en el proyecto de Dios para la creación se dirige personalmente a cada ser humano bajo forma de invitación a seguir a Jesús, como discípulos suyos y requiere que cada persona que oye la llamada de Jesús discerna con atención el tiempo, el lugar, y las circunstancias que esa llamada conlleva.

En la mayoría de las experiencias presentadas predomina una Cristología que enfatiza la lucha de Jesús por la paz y justicia en su tiempo. Aún así, la divinidad del Señor también hace su aparición, por ejemplo en la cita de Michael Bingham, S.J. sobre el himno de San Pablo en Filipenses. Bingham reflexiona sobre el anonadamiento del Verbo para describir su propia experiencia de trabajo entre los pobres, adquiriendo la óptica de ser capaz de discernir todas las opciones desde la perspectiva de los pobres. Mientras encuentro que falta un lenguaje explícitamente afectivo para describir la relación con el Señor de la que goza la mayoría de los autores de los relatos, sus frecuentes expresiones de cómo los pobres han sabido revelar lo mejor de la humanidad, me sugiere la profunda gracia que Mateo nos describe: identificar y encontrar a Cristo en los *anawim*. Y es justamente en la estela de la espiritualidad de Mateo 25,25 ss, que las experiencias ven a los pobres y marginados como sacramentos de Cristo.

La última dimensión de la visión teológica general que me gustaría subrayar es su escatología. Una sobria toma de conciencia de los límites de todos los proyectos políticos e institucionales terrenos para alcanzar la

plenitud de la vida del reino de Dios caracteriza esos relatos, especialmente, diría, la experiencia de Alvaro Alemany, S.J. (ARA) y de Godfrey D'Lima, S.J.(BOM). Es una toma de conciencia nacida de las largas y muy difíciles luchas a las que esos hombres y mujeres han dedicado su vida. Pero al mismo tiempo brota de una visión espiritual del reino de Dios que encierra una promesa de misericordia y compasión que es humanamente imposible sin el poder totalmente transformador de la gracia. Y realmente esta dimensión escatológica ha sido para mí una de las mayores sorpresas de estas experiencias, porque al contrario de previas reflexiones liberacionistas, estos relatos están libres de jeremiadas degradantes en contra de los ricos y de retórica romántica sobre los pobres.

Aspectos de la Espiritualidad Ignaciana en los Testimonios

Como es de suponer, la espiritualidad ignaciana aparece a menudo en estos testimonios. Lo que destaca es el legado de los Ejercicios Espirituales, y predomina su pedagogía de leer los movimientos del espíritu, su lenguaje de combate espiritual y de libertad espiritual. Las Reglas para el Discernimiento de Espíritus se invocan no sólo para comprender la vida interior, sino que también la turbulencia de un apostolado comprometido en lidiar contra la injusticia, siendo el fin de aplicar esas reglas el ser contemplativos en la acción. Una ayuda crucial en el apostolado de transformación social parece ser la libertad espiritual o indiferencia característica del Principio y Fundamento y la solidaridad con los pobres expresada por Cristo en la Contemplación del Llamamiento del Rey. Encuentro lo dicho por Alvaro Alemany, S.J. (ARA) y Fernando López, S.J. (DIA) particularmente elocuente al respecto.

una visión espiritual del reino de Dios que encierra una promesa de misericordia y compasión que es humanamente imposible sin el poder totalmente transformador de la gracia

Además, la manera de proceder de Cristo - pobreza, no responder a los insultos y humildad, expresada en la Meditación de las Dos Banderas,

y contrastada con la lógica de nuestra naturaleza humana, riquezas, honores, orgullo - encuentra resonancia en las vidas de muchos autores, cuyo apostolado entre los pobres sintoniza con la escuela de pensamiento que ve los Ejercicios como un proceso de conversión que culmina en la elección o reforma de vida. Aquí la elección es el proceso de elegir y ser elegidos por los pobres, con todo lo que supone de muerte a uno mismo, y resurrección a una nueva vida de compromiso y compañerismo con los pobres, similar al ministerio de Jesús. Recomiendo en particular la lectura de lo que cuenta Godfrey d'Lima, S.J. (BOM), como ilustración de esos aspectos de los Ejercicios.

El otro gran marco heurístico que interpreta los Ejercicios como escuela de oración o de creciente unión con Dios está también presente en esos testimonios, como lo evidencia la clásica formulación de William Ryan, S.J. (CSU), su conexión entre Espiritualidad Ignaciana y su obra de justicia social: "Mi puente y unión con Dios regular está construido sobre una búsqueda perseverante de libertad espiritual basada en una actitud estable de gratitud, sostenida por la oración a la Trinidad para recibir la gracia de ser puesto con Jesús llevando su cruz para la recreación del mundo y de toda su gente, especialmente los pobres, y también oraciones frecuentes para ver y encontrar a Dios presente y activo en mí y en toda otra persona y en toda circunstancia, y para que mi *Suscipe* sea aceptado."

Si las referencias a los Ejercicios Espirituales son el lazo más claro en las experiencias con la Espiritualidad Ignaciana y los apostolados de justicia social mencionados, no son por esto las únicas. En los testimonios aparecen varios aspectos asociados con la espiritualidad de la Compañía, en su mayoría asociados con la renovación emprendida por las GC 31 y 32 y realizados durante el generalato del P. Pedro Arrupe, S.J. (1965-1983). Entre ellos, notaría las referencias a la vida de comunidad como compañeros y amigos en el Señor (Suzanne Geaney (MAR)), el discernimiento comunitario (Fernando López, S.J. (DIA)), el diálogo interreligioso (Tony Herbert (HAZ)) y la inculturación (Ricardo Falla, S.J. (CAM)) y Tony Herbert, S.J. (HAZ) en un número de escritos.

No se trata exactamente de temas ignacianos, pero los autores se refieren a ellos en una forma ignaciana. Es decir, los mencionan en su dimensión espiritual como se los entiende a esos conceptos en los documentos de la Compañía, y en lo que contribuyen en su obra de lucha por la justicia social. Estos términos ponen de relieve la toma de conciencia de las complejidades que los autores tienen de sus apostolados. En palabras

de Rigobert Minani, S.J. (AFR), “la crisis multipolar” que es el objeto del apostolado social, y las diversas estrategias y recursos que hay que emplear para encararla.

Lacunae de los Testimonios

Dos elementos importantes de la espiritualidad de los pobres, que he encontrado a menudo en mis ministerios entre inmigrantes latinoamericanos en Estados Unidos, y que son totalmente ignacianos, brillan por su ausencia en los testimonios, a saber el papel de María y de la Eucaristía. Falta, además, la mención explícita de compartir la Espiritualidad Ignaciana con otros, como elemento constitutivo de la mayoría de los apostolados reflejados en los testimonios.

El lugar de María en la vida de San Ignacio y en las contemplaciones clave y en muchos coloquios de los Ejercicios hacen que la devoción a esa santa sea un componente integral de la espiritualidad de la Compañía a lo largo de los siglos. En mi experiencia, no es menos central en la piedad de los pobres. Es curioso, entonces, que no aparezca mención de María en esos testimonios, ni siquiera en su presentación por los teólogos de la liberación como heraldo de un orden social más justo en su proclamación del Magnificat en el Evangelio de Lucas. Relacionado con lo anterior, y en la medida en que habla de la experiencia de Dios y de la Espiritualidad Ignaciana a las mujeres, habría que notar que no hay mención del lenguaje sexista de ciertas partes bien conocidas de los Ejercicios, por ejemplo, las Reglas de Discernimiento de Espíritus de la Segunda Semana, y el reto que han planteado a mujeres interesadas en vivir el carisma ignaciano, especialmente, a la luz de Decreto de la CG 34 sobre la situación de la Mujer.

Asimismo es desconcertante en los relatos la ausencia de la mención de la Eucaristía. No recibe mucha mención el sacramento ni en su interpretación vertical ni horizontal, es decir, como banquete escatológico y sacrificio de amor. En este Año de la Eucaristía, la importancia de ese sacramento para la misión de Justicia Social en la Iglesia ha sido puesto de relieve por el Pontificio Consejo Justicia y Paz, en su Conferencia en Junio 2005 sobre Eucaristía y justicia social, como también con la canonización en octubre 2005 del Beato Alberto Hurtado, S.J. de Chile, apóstol de justicia social y ejemplo de la dimensión eucarística de la Espiritualidad Ignaciana.

Por último, las historias incluyen varios testimonios de cómo el compartir la Espiritualidad Ignaciana con los colegas sea parte integrante del apostolado de justicia social, véase por ejemplo, los relatos de Alvaro Alemany, S.J. (ARA), de Lorena Cornejo y Benito Baranda (CHL). Y sin embargo lejos está de ser una dimensión integrante y programática en la misión apostólica de la mayoría de jesuitas cuyos testimonios se presentan en este volumen. ¿Podría ser esta la razón que en varias de las historias presentadas falta una mención explícita de la Espiritualidad Ignaciana? Uno se pregunta “lo integrador” que son estos muy laudables intentos de promover la justicia, cuando fallan en explicitar cualquier conexión con la dimensión religiosa de ese intento.

Conclusión

Unos 40 años después de que la CG 31 empezó el aggiornamento de la Compañía en la estela del Concilio Vaticano II, los testimonios de los que trabajan para promover la justicia social con y en la Compañía ponen de relieve un enfoque multi-polar sobre una serie compleja de retos, donde la Espiritualidad Ignaciana ha encontrado un papel importante. Fiel al espíritu de los Ejercicios Espirituales y como marco distintivo de los esfuerzos de la Compañía y de sus colegas al respecto es la búsqueda incesante del magis nacida de una experiencia de Dios, semper maior. En el caso de muchos comprometidos en el apostolado social, este “más” y este Dios que excede nuestros sueños por una existencia más justa a favor de los pobres supone, dicho con palabras de Fernando López, S.J. (DIA): “¿Cómo vivir y construir unas condiciones de vida digna con los pequeños, donde las heridas de la historia están más abiertas y la vida más amenazada?”

Es una lucha tan enorme y compleja que puede paralizarnos de muchas maneras llevándonos al fatalismo, al espiritualismo o al secularismo. Pero en esta vastedad y complejidad hay unos tremendos dones que se le han concedido a la Compañía. Estamos aprendiendo en nuestra vida con y de parte de la lucha en contra de la injusticia lo que significa ser “la mínima Compañía” ser partners y amigos en la lucha crucial de nuestro tiempo, rechazando el aislamiento, como también la necesidad de ser los protagonistas del cambio. Aprendiendo del Señor y de los pequeños a los que el Padre dio a conocer un modo de proceder caracterizado por la gratitud y la paciencia del sembrador que confía en que del grano de mostaza germinará un arbusto donde todo tipo de pájaros encontrarán cobijo.